

Reseñas

Dennett, D. (2006)

Dulces sueños: Obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia

Buenos Aires: Katz, 221 pp.

¿Alguna vez ha sentido lo que hace muy especial el sabor del chocolate, o lo que se siente al mirar un atardecer? Es posible que sienta que son esas sensaciones privadas y fenoménicas las que dan sentido a la vida. Las experiencias del *cómo se siente* lo “chocolatoso” del chocolate o la “rojez” del rojo se suelen llamar, en la jerga filosófica, *qualia*. Este término hace referencia a las experiencias subjetivas que solo son accesibles desde una perspectiva de primera persona, y constituyen un fenómeno atractivo para filósofos de la mente y científicos de la conciencia.

Resulta atractivo, salvo al menos para un filósofo en particular: Daniel Dennett. En su libro *Dulces sueños: Obstáculos filosóficos para una ciencia de la conciencia*, veremos cómo es que a lo largo de ocho capítulos postula una tesis que va en contra de la intuición de que tenemos *qualia*: los *qualia* para Dennett son una ilusión, por lo que no existen impedimentos para estudiar la conciencia desde una ciencia en tercera persona, descartándose la introspección como método para su estudio.

Antes de abordar la estructura del libro, es necesario aclarar que si bien esta publicación es del año 2006, recién está circulando en nuestro medio. Por ello resulta interesante comentar los aportes del autor en la discusión acerca de la conciencia.

En el primer capítulo, Dennett contextualiza la discusión acerca de los *qualia* y la oposición a una ciencia computacional, naturalista y mecanicista de la conciencia. Sostiene que el conocimiento intuitivo y tradicional acerca de la conciencia ha impedido un estudio científico de esta. Dennett se enfrenta a sus enemigos acérrimos: los *zombistas*. Estos son aquellos filósofos que sostienen que lo que nos diferencia de un zombi (o en su defecto, de un robot), que aparentemente se comporta como cualquier otro ser humano, es que no tiene experiencias fenoménicas o *qualia*. Así, buscan desacreditar toda la investigación computacional acerca de la mente, puesto que aseguran que las computadoras nunca podrán tener esas experiencias fenoménicas, y que toda explicación de la conciencia debería incluirlos. La obra busca callar los alaridos zombistas.

Los capítulos dos, tres y cuatro sientan las bases para una metodología, que si bien ha sido acuñada por Dennett, no pretende ser original: la heterofenomenología. Esta metodología consiste en tres pasos. Primero: “Partimos del *registro de los datos crudos* de todo lo que ocurre en el interior... de los sujetos”. Segundo: “Recopilamos datos de todos los eventos... en definitiva, físicos, que se observan en los sujetos estudiados”. Y tercero: “Interpretamos para producir un inventario de actos de habla que luego reinterpretemos como expresiones (aparentes) de creencias” (pp. 52-53). Es decir, se lleva a cabo un inventario de todas las creencias, deseos y conductas con neutralidad, buscando explicar por qué una persona tendría tal o cual creencia, mas no si es verídica o no.

La heterofenomenología sería la metodología apropiada para estudiar la conciencia en contraposición a la introspección. Para sustentar esto, el autor presenta algunas ilusiones perceptivas, tales como el *déjà vu*, el fenómeno que consiste en experimentar una vivencia con la convicción de que ya ocurrió en el pasado. No obstante, Dennett nos dice que “[...] no es que recordemos haber vivido la misma situación en el pasado, sino que, por error, *pensamos* que es así” (pp. 80-81). Acto seguido presenta las explicaciones neurológicas del *déjà vu* con el propósito de demostrar que ya sea desde la perspectiva de la primera o de la tercera persona, el funcionamiento neurológico del *déjà vu* es el mismo. Con esto sugiere que los juicios introspectivos están sesgados por ilusiones perceptivas y no son parte de una metodología adecuada para el estudio de la conciencia. En su lugar, una aproximación en tercera persona está más acreditada para explicar los estados mentales de las personas, puesto que no indagan si es que la creencia de tener una ilusión es real o no, sino por qué se da.

En consecuencia, y prevengo a los lectores *zombistas* de una gran desilusión. Para Dennett explicar cómo funciona la conciencia equivale a explicar un truco de magia: inevitablemente habrá personas que se sientan decepcionadas al darse cuenta de que en realidad los fenómenos maravillosos son simples trucos. Resulta que la conciencia es un conjunto de trucos que generan una ilusión. Pero, un momento, ¿no son los *qualia* los que hacen que valga la pena vivir? ¡Qué penoso si fuera solo un truco!

Dennett nos explica que en realidad, no sabemos a qué nos referimos con el término *qualia*. Este es quizá uno de los puntos más interesantes de la lectura, pues presenta evidencias de cómo los mismos filósofos que defienden a capa y espada la importancia de los *qualia* —y que han contagiado esa intuición a otros científicos— no tienen ni idea de a qué se refieren

cuando usan el término. Si ni los usuarios de la introspección están seguros de qué cosas son los *qualia*, ¿cómo será posible que un método en tercera persona los defina? Esto nos sugiere que el término debe ser eliminado de la investigación, pues es ambiguo y no contribuye al estudio de la conciencia. Por ello, ante la pregunta, ¿son los *qualia* lo que hace que valga la pena vivir?, la respuesta parecería ser: no te preocupes, nadie sabe qué son los *qualia* y... ¡la verdad no importa!

Si uno quiere aprender por qué no debemos fiarnos de los experimentos mentales, el capítulo cinco: “Lo que sabe RoboMary”, es quizá el que mejor lo responde. Constituye un gran sarcasmo hacia el famoso experimento mental de Frank Jackson (1982/2003) de “Mary, la investigadora del color”, que si bien es cierto sabe toda la descripción física y fisiológica de la experiencia del color, como vive en una habitación desprovista de color, nunca ha tenido la experiencia de “ver la rojez” del tomate. Este experimento mental trata de demostrar que por más conocimiento físico que se tenga de la visión, siempre habrá experiencias que no podrán ser abordadas por el estudio desde la perspectiva de la tercera persona. *¡Debe de haber algo más!* Estas misteriosas experiencias, nuevamente para nuestra sorpresa, son los ya hartos conocidos *qualia*. Lo que Dennett pone al descubierto es cómo este experimento mental en realidad no demuestra nada y está lleno de errores.

Por ejemplo, una de las críticas es que si Mary ha estado encerrada por mucho tiempo en una habitación aislada de colores, entonces las redes nerviosas encargadas de discriminar los colores se habrán atrofiado por el desuso. En consecuencia, cuando sea liberada no verá en colores.

En los capítulos seis y siete, Dennett presenta alternativas naturalistas y mecanicistas para la explicación de la conciencia. Para él, la explicación de la conciencia debe dar cuenta de una arquitectura distribuida en sus funciones, cada una de ellas autónomas e inconscientes (en el sentido de que funcionan como robots) y sin ningún inspector o centro en el que se unifique la información. Así, el llamado “Teatro Cartesiano”, el lugar en el que todo se une, resulta ontológicamente incorrecto.

En líneas generales, la conciencia surgirá de la activación de un conjunto de los robots inconscientes que constituyen el cerebro –¿o acaso una computadora?– hasta el punto de obtener el “protagonismo” en el procesamiento consciente. Es decir, la conciencia solo se podrá llamar así en tanto las redes activadas acaparen la atención del procesamiento superior,

opacando a otras en su lugar, y produciendo funciones reconocidas como conscientes (tales como expresar alguna idea, pensar algo o reírse de un chiste). Lo que Dennett sugiere es que entendamos a la conciencia como un fenómeno similar a la fama: “Uno puede aparecer en televisión y ser visto por millones de televidentes y no por ello ser famoso, porque puede ser que no tenga los *efectos* adecuados. Del mismo modo, en el cerebro no hay ningún área en particular en la que la representación sea suficiente por sí sola para producir la conciencia. Eso siempre depende de los *efectos*” (p. 186).

De esta manera, Dennett plantea su *teoría del fantástico eco de la conciencia*. En resumidas cuentas se sostiene que la conciencia es producto de una información que pasa del procesamiento inconsciente a la esfera consciente y produce una reverberación en todo el procesamiento gracias a una capacidad, desarrollada evolutivamente, de autoestimulación.

En el último capítulo se reitera que los *qualia* escapan de toda cadena causal del análisis funcional. Esto es así porque se cree que es una característica intrínseca a la conciencia, pero para el autor es una creencia tan errada como cuando algunas personas afirman que el billete de un dólar tiene algún valor intrínseco. En todo caso, se podría indagar por qué las personas terminan creyendo que existen los *qualia*.

No obstante, resulta interesante observar cómo es que el método de la heterofenomenología está presente en la investigación psicológica, particularmente desde la perspectiva clínica. Aparentemente, el psicólogo tiende a pensar que lo que la otra persona siente es verídico e intentamos ser empáticos con ella. Sin embargo, en la práctica no solemos darle el beneficio de la duda al paciente.

En la consulta tomamos pruebas psicométricas e incluso pruebas proyectivas (a pesar de su cuestionable procedencia teórica) para obtener información que la persona no puede expresar. También, durante el proceso de la entrevista vamos planteando hipótesis mientras la persona conversa con nosotros, puesto que buscamos explicar por qué una persona se siente como se siente. Puede que una persona piense que está deprimida, pero con las pruebas psicológicas y la entrevista nos damos cuenta de que no es así, y entonces la tarea consiste en responder por qué el o la paciente piensa que está deprimida. Eso es la heterofenomenología.

Como vemos, es un método conductista contemporáneo. Llevamos el análisis funcional a las creencias de las personas y tratamos de dar cuenta del motivo por el cual alguien sostiene una creencia o deseo, resultando útil

desde la explicación de fenómenos como las ilusiones perceptivas, hasta los estados falsos de depresión. No hace falta apelar a la primera persona y la llamada infalibilidad de la veracidad de los contenidos mentales, para explicar los fenómenos de la conducta.

De este modo, *Dulces sueños* es un libro revelador, y sobre todo va en contra del sentido común. El cuestionar aquello dado por *obvio* es una necesidad constante en el estudio de la ciencia, específicamente en la ciencia de la psicología. Creo que la mayor lección de este libro altamente recomendable es que debemos despegarnos del conocimiento intuitivo y tradicional, aprendiendo a digerir muchas de las amargas experiencias que encontraremos en el camino si esperamos explorar exitosamente el funcionamiento de la conciencia.

REFERENCIA

Jackson, F. (1982/2003). Qualia epifenoménicos. En Ezcurdia, M. & Hansberg, O. (Eds.). *La naturaleza de la experiencia*. México D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Álvaro Chang